



DOSSIER

ESPAÑA Y MARRUECOS: DEL DESASTRE DE ANNUAL A LA DICTADURA DE PRIMO DE RIVERA (1921-1930)

LA SINGULAR HISTORIA DE UN RIFEÑO EMBAUCADOR Y UN GENERAL AVISPADO: MANUEL GALBÁN JIMÉNEZ Y SU DESASTRE DE ANNUAL (1921).

The unique history of a trickster Riffian and a clever General. Manuel Galbán Jiménez and *his* Disaster of Annual (1921).

María Gajate Bajo

Universidad de Salamanca

mariagajate@usal.es

<https://orcid.org/0000-0003-2459-3712>

Recibido: 15-04-2021 - Aceptado: 08-07-2021

Cómo citar este artículo/Citation:

María Gajate Bajo, “La singular historia de un rifeño embaucador y un general avisado: Manuel Galbán Jiménez y su Desastre de Annual”, *Hispania Nova*, 20 (2022): 784 a 814.

DOI: <https://doi.org/10.20318/hn.2022.6477>

Copyright: © HISPANIA NOVA es una revista debidamente registrada, con ISSN 1138-7319 y Depósito Legal M 9472-1998. Los textos publicados están –si no se indica lo contrario– bajo una licencia [Reconocimiento-Sin obras derivadas 3.0 España](https://creativecommons.org/licenses/by-nd/3.0/es/deed.es) de Creative Commons. Puede copiarlos, distribuirlos y comunicarlos públicamente siempre que cite su autor y la revista y la institución que los publica y no haga con ellos obras derivadas. La licencia completa se puede consultar en: [http://creativecommons.org/licenses/by-nd/3.0/es/deed.es](https://creativecommons.org/licenses/by-nd/3.0/es/deed.es)

Resumen: Manuel Galbán fue un periodista melillense muy vinculado a *El Telegrama del Rif*. Ejerciendo desde administrador hasta director, conoció los entresijos de esta publicación periódica, presenció todas las campañas de Marruecos y, en 1965, tras una larga digestión, publicó *España en África. La pacificación de Marruecos*. Su testimonio, que conjuga la experiencia de primera mano con la madurez de juicio, no ha merecido una excesiva atención historiográfica. Sin embargo, los comentarios vertidos sobre la campaña de 1909, a propósito de algunos aspectos jurídicos del Protectorado, los negocios de Abd-el-Krim, la relación entre Berenguer y Silvestre o las motivaciones de Juan Picasso, destacan por su singularidad y cobran particular relevancia cuando se cumple el primer centenario del desastre de Annual y del golpe de

estado de Primo de Rivera. Al fin y al cabo, este gigantesco tropiezo militar contribuyó sobremanera a la definición de la casta africanista, así como a la gestación del golpe militar de 1923.

Palabras clave: Manuel Galbán Jiménez, Annual, africanismo, minas del Rif, responsabilidades.

Abstract: Manuel Galbán was a columnist from Melilla closely linked to *El Telegrama del Rif*. Working from administrator to director, he knew the ins and outs of this periodical publication as far as he witnessed all the military campaigns in Morocco and, in 1965, after a long digestion, published *España en África. La pacificación de Marruecos*. His testimony, which combines a firsthand experience with his mature judgment, has not received excessive historiographical

attention. Despite this fact, the comments made on the military campaign of 1909, concerning certain legal aspects of the Protectorate, related to the businesses of Abd-el-Krim, the relationship between Berenguer and Silvestre or to the motivations of Juan Picasso, stand out for their uniqueness and are particularly relevant when it meets the first centenary of the Disaster of Annual

and the Primo de Rivera's coup d'état. In short, this gigantic military setback greatly contributed to the definition of the Africanist caste as well as to the incubation of the military coup of 1923.

Keywords: Manuel Galbán Jiménez, Annual, Africanism, Riffian mines, responsibilities.

INTRODUCCIÓN

Manuel Galbán Jiménez es hoy un gran desconocido. Carece de entrada en la Wikipedia y tampoco aparece en el diccionario biográfico de la Real Academia de la Historia. Ni tan siquiera los estudiosos del famoso Abdelkrim, como es el caso de Pennell o de Madariaga¹, aluden a él en sus trabajos². Sin embargo, el análisis que Galbán efectuó sobre las largas Campañas de Marruecos (1909-1927), y en particular sobre las motivaciones del caudillo rifeño, destaca por su originalidad, por la capacidad para construir un relato coherente –juega con las piezas de un puzzle grande y difícil, pero todas terminan encajando naturalmente– y por la fuerza de sus convicciones. Sabemos, porque es el propio Galbán quien nos lo cuenta, que residía en Melilla desde 1895 y que se desempeñó como director de *El Telegrama del Rif* desde enero de 1930³. Anteriormente, había sido su administrador y redactor-jefe. También sabemos que era amigo íntimo de Cándido Lobera, fundador de ese diario y habitual portavoz del africanismo ante la opinión pública⁴; que estaba emparentado con Rogelio Navarrete, un

¹ Richard C. Pennell, *A country with a government and a flag: the Rif war in Morocco, 1921-1926* (Cambridgeshire: Middle East and North African Studies Press, 1986); y M^a Rosa de Madariaga, *Abd-el-Krim El Jatabi. La lucha por la independencia* (Madrid: Alianza Editorial, 2009).

² Presume, eso sí, de cuatro entradas en el compendio de Gil Grimau: además de la obra que se examinará a continuación, dos breves artículos sobre la Conferencia de Algeciras, publicados en *Mauritania* durante el año 1935, y un librito sobre las relaciones con Tánger. Estas contribuciones muestran que el interés del periodista por la política colonial databa de antiguo. En Rodolfo Gil Grimau, *Una aproximación a la bibliografía española sobre el Norte de África* (Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores, 1982), p. 328.

³ Manuel Galbán Jiménez, *España en África. La pacificación de Marruecos* (Madrid: Imprenta Servicio Geográfico del Ejército, 1965), p. 791.

⁴ Manuel Galbán Jiménez, *España...* p. 23. Sobre Lobera y su periódico, véase Salvador Gallego Aranda y M.^a Rosa Marqués Leiva, *Cándido Lobera Girela (1871-1932). Militar, periodista, político y escritor* (Melilla: Fundación Melilla Ciudad Monumental, 2014); y Rocío Velasco de Castro, “La prensa militar

conocido inversor en los negocios mineros de la región⁵; y que su padre había sostenido un trato muy estrecho con El Chaldy, lugarteniente de El Rogu⁶. Manuel Galbán era, en suma, un personaje muy bien integrado en esa bulliciosa Melilla de principios del siglo XX.

Su testimonio, *España en África. La pacificación de Marruecos*, se publicó en 1965. Se trata, por tanto, de una obra bastante posterior a los hechos narrados. Es, además, un libro de madurez, donde se reafirma en las ideas ya exhibidas en 1921 (si bien la inmensa mayoría de los artículos de *El Telegrama* aparecían sin firmante, su línea editorial era decididamente colonialista). *España en África* constituye también una recopilación documental extraordinaria, y monumental (791 páginas), capaz de hacer las delicias de cualquier admirador de Leopold Von Ranke. Eso sí, al César lo que es del César, aderezada con juicios sólidos, aunque atípicos desde una óptica actual – como más adelante se comprobará, Galbán defendió la relación amistosa entre Berenguer y Silvestre a la par que criticó ferozmente la labor del juez instructor Picasso–, y rebosante de impresiones sobre los personajes que protagonizaron la contienda del Rif. Hallamos, por último, en este libro un aluvión de fuentes informativas: desde el *Boletín Oficial del Protectorado* hasta los libros publicados por el alto comisario, Dámaso Berenguer, pasando por la correspondencia entre mandos castrenses, el relato de Augusto Vivero, los editoriales de *Heraldo* o las declaraciones del capitán Fortea ante la Comisión de Responsabilidades.

No está demás interrogarse sobre cuáles sobre fueron las intenciones de Manuel Galbán al publicar esta obra. Fue un africanista perseverante y extemporáneo. Además, procedía del ámbito civil. Mientras que el africanismo castrense es un movimiento complejo y poliédrico, pero familiar para la historiografía porque ha merecido una considerable atención⁷, no podemos ser tan generosos al referirnos al africanismo civil⁸.

africanista: *El Telegrama del Rif y la Revista de Tropas Coloniales*”, coord. por Ángel Viñas y Fernando Puell, *La Historia Militar hoy: Investigaciones y Tendencias* (Madrid: IUGM, 2015), pp. 225-246.

⁵ Manuel Galbán Jiménez, *España...* p. 46.

⁶ Manuel Galbán Jiménez, *España...* p. 29.

⁷ Gustau Nerín, *La guerra que vino de África* (Barcelona: Crítica, 2005); y Daniel Macías Fernández, *Franco nació en África: los africanistas y las campañas de Marruecos* (Madrid: Tecnos, 2019). Balfour y La Porte se anticiparon al reparar en este grupo. Véase Sebastian Balfour y Pablo La Porte, “Spanish military cultures and the Moroccan wars, 1909-1936”, *European History Quarterly*, 30 (2000): 307-332.

⁸ Sobre la idea de África como “destino manifiesto”, consúltese Antonio T. Reguera Rodríguez, “La formación de la conciencia africanista en España”, ed. por Alejandro R. Díez Torre, *Ciencia y memoria*

Menos aún si pensamos en su desarrollo durante la dictadura franquista y en una fecha tan tardía como el año 1965⁹. Marruecos llevaba ya años disfrutando de su independencia, así que ¿a qué obedeció semejante demora en la publicación de *España en África*? Manuel Galbán, sin duda, quiso digerir con calma lo vivido, una actitud que le honra. Pero sospechamos que se animó a escribir espoleado por acontecimientos tales como las revueltas rifeñas de 1958 contra el imperio alauíta (aniquiladas con el auxilio galo) o como la guerra de Sifi-Ifni. Quizás, en su arranque pesó el rechazo hacia las políticas pro-nacionalistas del alto comisario García Valiño y el oportuno fallecimiento del irreductible Abd-el-Krim, máximo dirigente entonces del *Comité para la Liberación del Norte de África*. Un Galbán nutrido de desencanto, y sin temor a posibles réplicas, se preguntaba para qué habían servido las campañas de Marruecos. ¿Quería denunciar con su libro el sacrificio estéril de los africanistas? Podría ser. Parece razonable porque, aunque en su discurso no falta el encumbramiento del dictador, omite comentarios sobre las políticas que instrumentalizaban la supuesta hermandad hispano-marroquí.

Al margen de estas elucubraciones sobre la motivación de Galbán, pensemos en la utilidad de su trabajo. En la esfera académica, el africanismo belicista y con altas dosis de rechazo al *moro* (maurofobia) ha sido habitualmente contrapuesto al de tradición orientalista, el que apostaba por la penetración pacífica en el Protectorado. Parece así que se transita desde las idealistas reivindicaciones de una minoría de intelectuales –Coello, Costa, Saavedra, etc.– en busca de la regeneración nacional a la brutal actuación de las tropas de choque en el Rif. Las relaciones entre ambas corrientes, no obstante, trascienden a un mero comportamiento evolutivo y la obra de Galbán apunta en este sentido. De hecho, creemos que se yuxtaponen, mostrando permeabilidad y ambigüedad en ciertos momentos.

Así las cosas, nos proponemos explorar los argumentos de Galbán en defensa de un africanismo, casi siempre, en su versión más militarista. Igualmente, queremos examinar su obra para indagar en las causas del desastre militar de Annual (1921) y del subsiguiente golpe de Miguel Primo de Rivera. Partimos de una idea sencilla: las campañas de Marruecos fueron “la escuela” de Francisco Franco porque en este

de África: Actas de las III jornadas sobre expediciones científicas y africanismo (Madrid: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alcalá de Henares, 2002), pp. 23-45.

⁹ Una aproximación, sobre todo al primer franquismo, en David Parra Monserrat, “La narrativa del africanismo franquista: génesis y prácticas socio-educativas” (Tesis doctoral, Universidad de Valencia, 2012), <https://core.ac.uk/download/pdf/71006472.pdf>.

escenario logró prestigio y legitimidad entre el elemento militar. Pero el proceder de la casta africanista despertó simpatías más allá de este sector y la obra de Galbán nos permite, precisamente, acercarnos a ese modo de entender el imperialismo y de sentir la guerra, tan particular y decisivo en la Historia del España del siglo XX.

HUMILLACIÓN, INTERVENCIONISMO Y DESQUITE. LA LENTA CONSOLIDACIÓN DE LA CASTA AFRICANISTA

Aunque esta historia comienza en 1898, el intervencionismo español en África se remonta a la época de los Reyes Católicos y cobra vigor a partir de 1848, coincidiendo con la ocupación de las Chafarinas, y después, con motivo del estallido de la Guerra de África (1859-1860) y la de Margallo (1893). Sin embargo, fue el desastre de Cuba el que más convulsionó a la sociedad español y, sobre todo, a los militares. Se ha dicho, incluso, que se fue a la guerra con Estados Unidos para perderla y terminar con la agonía¹⁰. Atormentados por las acusaciones de la prensa, los políticos y la opinión, se explica el sentimiento de hostilidad y la amargura que arraigó entre buena parte de la oficialidad. Además, la situación económica de la milicia resultaba muy preocupante: hacia 1900, el presupuesto de Guerra rondaba los 255 millones de pesetas, pero entre sueldos y pensiones se consumían casi 200¹¹. Se sabían impotentes, relegados al papel de árbitro social en una España corroída, eso decían, por el republicanismo y el catalanismo.

El hispanista Sebastian Balfour afirmó agudamente, al repasar las guerras de la década de 1820 y esta derrota finisecular, que España perdió su imperio dos veces¹². A raíz de todo ello, el ejército necesitaba lamer sus heridas y Marruecos se empezó a perfilar como el escenario ideal. Lo hizo, encima, alentado por un jovencísimo Alfonso XIII y por una despiadada diplomacia y comercio europeos, visiblemente satisfechos

¹⁰ Juan Carlos Losada, *El ogro patriótico. Los militares contra el pueblo en la España del siglo XX* (Barcelona: Pasado y Presente, 2020), pp. 21-29.

¹¹ Gabriel Cardona, *El poder militar en la España Contemporánea hasta la Guerra Civil* (Madrid: Siglo XXI, 1983), pp. 19-20.

¹² Sebastian Balfour, *El fin del imperio español (1898-1923)*, (Barcelona: Crítica, 1997), p. 11.

con la desintegración de la autoridad del Sultán¹³. En 1909 la oficialidad encontró esa ocasión –autorizada por la Declaración de Londres y el Tratado de 1904 entre Francia y España– para resarcirse de la experiencia cubana y, de paso, emular en parte a otros ejércitos del Viejo Mundo: unos trabajadores mineros fueron atacados el día 9 de julio por unos rifeños, liderados por El Mizzian. Había que vengar la afrenta.

Pero ¿por qué sobrevino esa agresión? Mientras que los rifeños rechazaban las controvertidas (e ilegales) ventas de derechos practicadas por El Rogui ante la Compañía Española de Minas del Rif (CEMR) y la Compañía Norteafricana, sus accionistas presionaron al conservador Antonio Maura para contraatacar¹⁴. La guerra, u “operación de policía” según rezaba la terminología oficial, se prolongó hasta diciembre. Pese al tropiezo en el Barranco del Lobo, este pequeño éxito en África dio alas al intervencionismo castrense –y al antimilitarismo popular que, con sus más y sus menos, forzó la creación de los Regulares en 1911, la introducción del servicio militar obligatorio un año después y la creación de la Legión, ya en 1920–. El Rif, en definitiva, hacía reverdecir los viejos sueños imperiales de algunos. Empero, avivaba naturalmente la pesadilla de una muerte horripilante en otros¹⁵.

La zona asignada a en el norte de Marruecos copó de nuevo las primeras planas de la prensa en 1911 y 1913. Sin embargo, fue en julio de 1921 cuando España experimentó su mayor sinsabor. Galbán lo vivió de cerca y se dedicó, durante décadas, a rastrear los documentos para desentrañar sus causas. En el enclave de Annual, ante una inminente arremetida *mora*, se desencadenó el pánico y una precipitada fuga que desembocó en la catástrofe militar más importante de toda la historia del colonialismo español. Para la historiografía es un lugar común afirmar que las maniobras suicidas de Manuel Fernández Silvestre, el comandante general de Melilla, contaban con el respaldo del monarca y que significaron la matanza de unos 8.000-11.000 hombres¹⁶. El

¹³ Alfonso de la Serna, *Al Sur de Tarifa: España-Marruecos, un malentendido histórico* (Madrid: Marcial Pons, 2001), pp. 148-158.

¹⁴ Pablo Díaz Morlán, *Empresarios, militares y políticos: La Compañía Española de Minas del Rif (1907-1967)* (Madrid: Marcial Pons, 2015), pp. 17-108.

¹⁵ Una panorámica sobre la repercusión pública de estas contiendas puede hallarse en María Gajate Bajo, “El Protectorado, las campañas hispano-marroquíes y la opinión pública”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, 16, (2019): 82-103. <https://ruhm.es/index.php/RUHM/article/view/519/505>

¹⁶ La cifra inferior en Indalecio Prieto, *Con el rey o contra el rey: la guerra de Marruecos* (Barcelona: Planeta, 1990), p. 144. La cifra más elevada es de Sebastian Balfour, *Abrazo mortal. De la guerra*

escándalo en la Península, por supuesto, fue mayúsculo. Ahora bien, no fue inmediato: en una atmósfera de monumental confusión y, como quien se pone una tiritita sin detenerse a examinar la profundidad de la herida, el gobierno se limitó en las primeras semanas a incoar un expediente gubernativo. Lógicamente, el tiro salió errado y la conmoción se acrecentó al publicarse –pese al obstruccionismo del ministro La Cierva– el resultado de estas investigaciones dirigidas por el implacable y abnegado general Juan Picasso. Entre sus conclusiones, afirmaba que los abusos constantes frente a los nativos habían generado una fuerte animadversión contra la labor colonizadora española; revelaba la torpeza, los desfalcos y cobardía del estamento militar; y descubría, por último, las pésimas relaciones entre las máximas autoridades del Protectorado¹⁷.

En marzo de 1922 dimitió el gabinete de Maura, arrinconado por las exigencias de junteros y responsabilistas. Un mes después, los 2.433 folios del expediente fueron entregados al Consejo Supremo de Guerra y Marina. El documento fue aprobado en julio y, rápidamente, Berenguer también dimitió y solicitó al Senado, del que era integrante, que aceptase el suplicatorio para su procesamiento. El teniente general Francisco Aguilera, presidente del Consejo, recomendó esta medida, dada su condición de general en jefe del Ejército de África, y también el enjuiciamiento del general Navarro (cautivo hasta 1923). Acto seguido y para satisfacción de un insistente Indalecio Prieto, el presidente Sánchez Guerra decidió confiar a las Cortes el examen del informe¹⁸. Sin embargo, su atrevida decisión condujo a un callejón sin salida. El Parlamento se transformó pronto en una jaula de grillos: los conservadores negaban las responsabilidades políticas, los liberales se conformaban proponiendo una moción de censura contra el Gobierno de Allendesalazar (antecesor de Maura hasta la masacre de Monte Arruit), los socialistas embestían contra Alfonso XIII, etc. y, justo antes de iniciarse el debate, programado para el 2 de octubre de 1923, el oportuno golpe de Primo de Rivera lo bloqueó.

Meses antes, el nombramiento de Luis Silvela como alto comisario civil y el pago de un rescate por los prisioneros de Axdir habían agriado hasta el extremo las relaciones entre los africanistas y el Parlamento. Dicho de otro modo, Annual,

colonial a la Guerra Civil en España y Marruecos (1909-1939) (Barcelona: Ediciones Península, 2002), p. 146.

¹⁷ Juan Picasso González, *El expediente Picasso: las sombras de Annual* (Madrid: Almena, 2018).

¹⁸ Francisco Alía Miranda, *Duelo de sables. El general Aguilera, de ministro a conspirador contra Primo de Rivera (1917-1931)* (Madrid: Biblioteca Nueva, 2006), pp. 120-145.

terminada la fase de *desquite* bajo la dirección de Berenguer, había comenzado a pasar una mayor factura (no solo en términos humanitarios): sepultó cualquier posible entendimiento entre africanistas y políticos, acelerando la forja de un imaginario intransigente, elitista y algo místico. Su apuesta por una lucha sin cuartel culminaría en la posterior guerra civil¹⁹; lucha que sostendría Galbán incluso después de la extinción del Protectorado de Marruecos (1956).

MANUEL GALBÁN JIMÉNEZ Y SU *ESPAÑA EN ÁFRICA*

Manuel Galbán defendió en la década de los sesenta muchos de los postulados del africanismo castrense, aunque no todos. Y es que, en algunos aspectos, se mostró más próximo a los posicionamientos del africanismo civil, evidenciando así el carácter polifacético de este movimiento tan atractivo para el mundo académico. Los militares africanistas, en los primeros años veinte, buscaron un resarcimiento. Atravesaban una crisis existencial que cobraba forma con la defensa de un belicismo a ultranza, de un antiparlamentarismo visceral y con la exaltación de la virilidad como valor clave para la salvaguarda de la patria. Alcanzaron su redención en Alhucemas, lo que les permitió reconciliarse con la política. Sin embargo, las reformas republicanas, con las que no comulgaron, sirvieron para reforzar, otra vez, su mentalidad de cerco. Ya en la dictadura y conociendo las raíces africanistas del propio Franco, cabe preguntarse cómo articuló Galbán su discurso. Anticipamos que el interés público por las campañas había decaído y que Galbán jamás compartió la tesis de la hermandad hispano-marroquí, pero tampoco cayó en los viejos tópicos que ridiculizaban al rifeño.

Examinaremos *España en África* desde una triple dimensión: el interés económico del territorio norteafricano, asunto que tradicionalmente sirvió para justificar la presencia colonial española en el Protectorado; las relaciones entre Dámaso Berenguer y Manuel Fernández Silvestre, fundamentales para entender los procedimientos de avance adoptados en la Comandancia General de Melilla y que han hecho correr ríos de tinta hasta la actualidad; y, para terminar, la labor depuradora del general Juan Picasso, que mereció durísimas diatribas por parte de este decano del periodismo.

¹⁹ Gustau Nerín, *La guerra...* p. 291.

Marruecos y los negocios mineros: de El Rogui a Abd-el-Krim

El africanismo finisecular apostaba por una penetración civilizadora en Marruecos²⁰. En el ámbito discursivo, se mostraba respetuoso con la soberanía y la integridad del Sultanato. Sus objetivos, en líneas generales, se centraban en la defensa de los derechos históricos de España sobre determinados territorios (perseguían una mayor seguridad para las plazas de Ceuta y Melilla); en la potenciación de exploraciones; y en la movilización social en defensa de la causa colonial y del incremento del comercio²¹.

Ahora bien, coincidiendo con la firma del Convenio de 1904, el africanismo inició una moderada mutación: se distanció de los estudios arabistas y de esa sublimación quijotesca de valores tales como la fraternidad y la generosidad para ser adoptado como ideología de algunos grupos neocolonialistas²². A saber: industriales catalanes, compañías navieras, aseguradoras y comerciantes de frutas de Levante y Andalucía; igualmente interesados se mostrarían los inversores mineros y en obras de infraestructura. Por último, y ya muy a las claras desde 1909, se desarrollaría una nueva corriente, compuesta por tradicionalistas y oficiales, defensora de la expansión militar en África. Manuel Galbán Jiménez, sin duda, empatizó sobre todo con este grupo.

Su guerra del Rif fue una guerra por honor y prestigio, si cabe más próxima a la contienda romántica de Pedro Antonio de Alarcón –pero prescindiendo del peso discursivo de la religión– que a la conquista financiera auspiciada por personajes como Romanones o Lobera. Sin embargo, no ignoró la importancia de este factor: estableció, de hecho, una conexión directa entre los negocios mineros de Abd-el-Krim y el desastre

²⁰ Conviene puntualizar que este africanismo no es el que existía a la altura de 1859-1860. En sus primeras formulaciones, el africanismo “romántico” llamaba a la tradición y al espíritu de cruzada de Isabel la Católica. No obstante, desde los años setenta, se articuló un discurso más filantrópico. Véase Youssef Akmir, “Reflexiones sobre la sociedad marroquí y la política de atracción española (1898-1912)”, coord. por José U. Martínez Carreras, *Relaciones entre España y Marruecos en el siglo XX* (Madrid: Asociación Española de Africanistas, 2000), p. 33.

²¹ Joan Nogué y José Luis Villanova, *España en Marruecos (1912-1956). Discursos geográficos e intervención territorial* (Lleida: Editorial Milenio, 1999), pp. 184-224. Destacaron, por citar algunos ejemplos, la Sociedad Geográfica de Madrid (1876), la Sociedad Española de Africanistas y Colonialistas (1883) o la Liga Africanista Española (1913). También fueron instituciones muy interesadas en fomentar los intercambios comerciales la Compañía Comercial Hispano Africana (1885) o los Centros Comerciales Hispano-Marroquíes (1904).

²² La responsabilidad de ese distanciamiento también recayó en los propios arabistas. Véase Manuela Marín, “Orientalismo en España: estudios árabes y acción colonial en Marruecos (1893-1943)”, *Hispania*, 231, (2009), pp. 117-146.

de Annual. Galbán situó en el epicentro de la rebelión rifeña las minas de Beni Urriaguel. Y lo hizo en tres momentos distintos: en 1909, en 1913 y, por supuesto, en 1920-1921. A propósito de la guerra de Melilla, únicamente señalaremos, primero, que Galbán denunció la política errática adoptada por los españoles ante El Rogu. Afirmó que con sus servicios “la penetración pacífica, sin tiros, hubiera sido una realidad por toda esta zona oriental”²³. Galbán creía las autoridades mostraron “demasiados escrúpulos de legalidad ante un sultán sin ninguna autoridad”²⁴. Paradójicamente, no actuaron con idéntica neutralidad cuando este cabecilla local exigió una serie de tributos a los pobladores de Beni Urriaguel. Se lo impidieron, contribuyeron a su descrédito entre los guelayas y a la paralización de los trabajos mineros. Por esta razón, al autorizar el gobierno la imprudente reanudación de las labores, se desató la contienda.²⁵ En segundo lugar, queremos enfatizar que, con el relato de este episodio, entraban ya en escena los Urriaguel como protegidos de España.

Dos años después, en 1913, Galbán se refiere a Setolózar y se esmera a la hora de fijar la atención de sus lectores en esta empresa por dos motivos²⁶. Para empezar, porque además de en Beni Urriaguel, esta entidad también empezará a posicionarse en Beni Tuzin gracias a los tratos entre Abd-el-Krim (padre) y los inquietos Manessman. Se observa, por lo tanto, cómo esta familia actuaba fuera de su cabila y cómo el dinero, desde luego, no entendía de sentimientos patrióticos. Los mediadores, estos hermanos alemanes, “los más anticipados, los más audaces y los más ambiciosos”²⁷, se convertirían, andando el tiempo, en los máximos valedores de El Raisuni. El segundo motivo, y saltamos al momento crítico de las operaciones de 1920 y 1921, radica en que Setolózar designó en octubre de 1920 a Francisco Caballero López como su administrador en Melilla. Será él quien estreche considerablemente los vínculos con Abd-el Krim (hijo). Galbán hallaba así la excusa para describir a un personaje muy

²³ Manuel Galbán Jiménez, *España...* pp. 22-23.

²⁴ Manuel Galbán Jiménez, *España...* pp. 25-27.

²⁵ Un ejercicio historiográfico extraordinariamente interesante es la práctica de una lectura comparada entre esta obra y las de Víctor Ruíz Albéniz. Galbán y este médico contemplaron con buenos ojos el papel instrumental que las autoridades españolas otorgaron a El Rogu, pero Albéniz puso más el foco en las peligrosas relaciones entre este cabecilla y los franceses. Además, esgrimió la conocida tesis del “cebo” conservador para propiciar la guerra. Véase Víctor Ruíz Albéniz, *España en el Rif (1908-1921)* (Melilla: Biblioteca de Melilla, 2007), p. 40 y 108.

²⁶ Manuel Galbán Jiménez, *España...* pp. 43-45.

²⁷ Manuel Galbán Jiménez, *España...* pp. 67 y 69-81.

receloso, resentido por su encarcelamiento en Rostrogordo, privado de pensión desde 1919 y muy avaro²⁸. Abd-el-Krim se dedicaba a la “caza de ilusos” en una atmósfera presidida por la fiebre minera:

Surgió un ejército de alucinados que en tropel se disputaron aquellas supuestas riquezas, personas naturales y jurídicas dispuestas al acaparamiento, a llevarse las propiedades en copo, a precio del mejor postor; una lucha encarnizada de capitales en juego de azar, del que resultó Abd-el-Krim el único ganancioso (...) Solamente la Setolózar, la más pobre de las empresas en movimiento, le giró 400.000 pesetas, según consta en el testimonio del Tribunal Arbitral²⁹.

Berenguer y Silvestre, subrayó Galbán, estaban al corriente de las rivalidades locales suscitadas por estos negocios³⁰. Rivalidades que han merecido, lógicamente, una notable atención historiográfica. Dentro de la esfera académica, no obstante, ha sido Caballero Echevarría el investigador que más ha indagado en los negocios mineros de los Abd-el-Krim. Por cierto, conociendo de sobra, lo que constituye una nota excepcional, el testimonio de Galbán. Así las cosas, nos presenta a un personaje codicioso en extremo (antes que nacionalista) y estima los beneficios familiares, entre 1919 y 1926, en una cifra muy próxima a los 23 millones de pesetas. Pese al admirable esfuerzo de este estudioso, cuestionamos su idea de que la competencia encarnizada entre Setolózar y *The Morocco Minerals Syndicate* acelerase la ocupación de Abarrán. Un enclave tomado y perdido el día 1 de junio de 1921, claro anticipo del desastre. Intentemos explicarlo brevemente: parece factible que los Abd-el-Krim actuaban de

²⁸ Galbán incluyó en su libro las fotografías de tres documentos, dos escritos en mayo de 1920 y otro en marzo de 1921, que intercambié Caballero con Abd-el-Krim. Manuel Galbán Jiménez, *España...* pp. 46-49 y 86-90. Se hallaron durante un registro en Axdír, en 1925, y fueron a parar a manos de Rogelio Navarrete. Particularmente interesante es la carta del 9 de marzo: de su lectura se extrae que el líder rifeño tentaba a los financieros con el acceso a más terrenos de exploración. Aunque la empresa no mordió el anzuelo, Caballero sí veía factibles nuevas denuncias mineras en dos o tres meses “cuando vieses que aún no se había dominado Beni Urriaguel”. Esta afirmación, creemos, podría entenderse como un anuncio/ promesa de beneficios a cambio de la resistencia frente al ejército español (y mientras no negociase paralelamente con otros consorcios).

²⁹ Manuel Galbán Jiménez, *España...* pp. 94-95.

³⁰ Manuel Galbán Jiménez, *España...* p. 62. Estas rivalidades se agravan desde septiembre de 1920, coincidiendo con el asesinato del Chej Buljerif, un gran amigo de España que colaboró en el sometimiento de Beni Tuzin. Berenguer denunció la participación de los Urriaguel en este crimen, seducidos por Abdelkrim con la promesa de riquezas. Véase Dámaso Berenguer, *Campañas del Rif y Yebala. Notas y documentos de mi diario de operaciones* (Madrid: Editorial Voluntad, 1923), p. 48. Dos fueron las consecuencias del asesinato: una mayor acometividad de Silvestre para frenar la rebeldía y, en la primera quincena de noviembre, la prohibición de toda explotación de minas a vanguardia de la línea de operaciones. Consúltese “Carta de Manuel Fernández Silvestre a Dámaso Berenguer (14-11-1920)”, Archivo Histórico Militar de Madrid, Fondo Manuel Fernández Silvestre, caja 1524, carpeta 13.

acuerdo con un plan urdido mucho tiempo atrás (desde 1908 Mohamed, el hijo, trabajó en la Oficina de Asuntos Indígenas y, desde 1913, como *kadit koda* accedió a los informes sobre pleitos mineros)³¹. Ahora bien, en 1921, el acuerdo empresarial entre la mencionada compañía británica y el empresario Horacio Echevarrieta – que actuaría como mediador, a su vez, con el líder rifeño– ya estaba roto³². Caballero Echevarría siembra, de hecho, la duda sobre el papel de este industrial vasco (y de su agente, Antonio Got, que se reunió varias veces con los rifeños en Alhucemas) a la hora de armar a Abd-el-Krim. Pero sabemos que él no actuó como representante de los británicos, sino con el consentimiento de Silvestre³³. Por eso la conexión que Fernando Caballero establece entre el segundo encuentro con Got y la ocupación acelerada de Abarrán no nos resulta verosímil. Entre ambos acontecimientos transcurrieron unas tres semanas, Echevarrieta aparecía como un inversor menor y, si atendemos al testimonio de Galbán (y a los documentos entregados por Riquelme a la Comisión de Responsabilidades), lo que precipitó esta última operación fue un chivatazo del campo enemigo: “Pudiera ser, ni lo afirmo ni lo niego, que la confidencia de aquel moro que denunciaba a Abd-el-Krim (...) de haber circulado la noticia de que por conducto de una

³¹ Fernando Caballero Echevarría, “Intervencionismo español en Marruecos (1898-1928): análisis de factores que confluyen en un desastre militar, Annual” (Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2013), pp. 99-123. Sospecharon de la existencia de ese plan, entre otros, los periodistas Rafael López Rienda, Francisco Hernández Mir y el director de la Residencia de Estudiantes, Alberto Jiménez Fraud (p. 104).

³² Centro Documental de la Memoria Histórica, Fondo Casa Echevarrieta-Larrínaga, caja 187. Se localizan aquí todas las denuncias mineras efectuada por este empresario desde 1908 y los contratos empresariales firmados con otros socios. Para el caso del sindicato británico, se localiza un pleito desatado con el agente mediador, el inquieto Francisco Ruíz Pastor, después de que el 1 de diciembre de 1919 la Comisión Arbitral de París rechazase casi todas las denuncias británicas. Véase también Pablo Díaz Morlán, *Horacio Echevarrieta. El capitalista republicano* (Madrid: Lid, 1999), p. 127.

³³ Got se entrevistó con los rifeños -los días 7 de abril y 6 de mayo de 1921- e informó a Morales de la intención de Abd-el-Krim de conformar un harka. Caballero defiende que Abd-el-Krim se valió de Got para engatusar a Tensaman: instrumentalizó estos encuentros como prueba de que se avecinaban tiempos de “vacas gordas” porque él estaba agilizando nuevos trabajos mineros (p. 110). Otra lectura posible de los hechos es que Got/Echevarrieta servían, al contrario, como “cebos” de Silvestre y Berenguer para vigilar los movimientos militares de líder rifeño. Consúltese la memoria que redactó Got, mecanografiada y de doce páginas, sobre el primer encuentro en el Centro Documental de la Memoria Histórica, Fondo Casa Echevarrieta-Echevarrieta, caja 24. Tenemos referencias indirectas, por último, sobre un tercer encuentro en torno al 20 de mayo de 1921. Ignoramos, esta vez, si se efectuó con el consentimiento de Echevarrieta (sus relaciones con Got se volvieron tensas porque lo juzgaba un despilfarrador) y de Silvestre. Quizás Got se vendió a otro postor. Sabemos, así nos consta, que inquietó a las autoridades del Peñón. Véase Archivo Histórico Nacional, Tribunal Supremo, 51 N 3 folio 871 y 917.

empresa minera extranjera recibía armamentos, tuviera relación de ese contacto”³⁴. El periodista, acláremoslo, estaba lanzando sus dardos contra la holandesa Müller porque su agente, Lorenzana, se afanaba en regar con millones a Abd-el-Krim; millones que él empleaba en prepararse para combatir a los españoles:

*Nada había hecho en rebeldía contra España hasta que nos acercamos (...) Disfrazó el objeto de aquella extraña formación militar que instruía en Axdir (...) Según nos hizo saber, aquella agrupación la destinaba a imponer su autoridad en Beni Urriaguel y tratar con España de su colaboración (...) El general, desde el primer momento, desconfió (...) porque aquellas riquezas mineras no existían más que en las imaginaciones calenturientas*³⁵.

Más allá de quién armaba al líder rifeño, esta es la historia de un estafador frente a un general avisado. Cuarenta años después del desembarco, a Galbán le dolía aún que en 1913 y en 1918, se hubiesen suspendido –las razones no vienen al caso– las operaciones sobre la bahía; cuarenta años después, seguía aplaudiendo tanto el arrojo de Primo de Rivera como su victoria allí donde se estrelló Silvestre.

¿Una rivalidad indisimulada? Galbán y la defensa de la sólida amistad entre Berenguer y Silvestre

El año 1925 resultó crucial para la historia del Protectorado y para la consolidación de la dictadura: “se puso término a una guerra que se había hecho crónica y sombría, al mismo tiempo que daba demostración de la realidad al descubrir la culpabilidad de los políticos, cuya propia responsabilidad habían endosado al ejército”³⁶. Enlazando con esta idea de la acometividad de Primo de Rivera, Manuel Galbán apoyó el llamado “modelo heroico” del oficial africanista. Y silenció, algo curiosísimo y muy oportunista, toda la trayectoria abandonista previa del dictador. Algunas manifestaciones públicas de Primo de Rivera en ese sentido, sabido es, le

³⁴ Manuel Galbán Jiménez, *España...* p. 65. El soplo se recoge en un telegrama, remitido desde el Peñón a Melilla el día 31 de mayo. En Comisión de Responsabilidades, *De Annual a la República* (Madrid: Javier Morata, 1931), pp. 141-142.

³⁵ Manuel Galbán Jiménez, *España...* p. 96.

³⁶ Manuel Galbán Jiménez, *España...* p. 111.

ocasionaron más de un castigo en lo profesional. A Galbán no le importó: con Alhucemas, Primo había expiado sus pecados.

El sacrificio y el recuerdo de la sangre derramada aparecen como valores supremos en *España en África*. Galbán participaba, además, del fortísimo corporativismo castrense y de su acentuada mentalidad de cerco, rechazando el pluralismo político y toda actitud timorata ante la opinión pública. Sostuvo que minimizar costes humanos en el conflicto del Rif solo contribuía a entorpecer la labor de los combatientes. Lo cual no implicaba que publicitase su tendencia al ensañamiento con el cuerpo de los vencidos, los ataques sobre civiles o, mucho menos, el empleo gases asfixiantes. Los razonamientos de la casta africanista, como resulta lógico, debían ser entendidos en un contexto europeo marcado por la pérdida de fe en el liberalismo y por el ascenso de los regímenes autoritarios. Los razonamientos de Galbán, por su parte, pueden ser comprendidos mejor en un contexto de consolidación del franquismo y de un cierto paternalismo en quiebra³⁷. El periodista no apeló a una amistad interesada. Ni por asomo defendió la “españolidad” de Marruecos, sino que siguió defendiendo una guerra catártica; no jugó la carta de la omnipresente lucha anticomunista; no se le ocurrió minimizar la vieja oposición pública a las campañas o apoyarse en la retórica del mito andalusí. Por último, tampoco se escudó en el espiritualismo irracionalista de los militares africanistas. No podía porque sabía que asuntos muy terrenales, como los deseados ascensos por méritos de guerra, desempeñaron un papel trascendental en África. Asimismo, ¿cómo iba a defender su sacrificio estéril cuando aseguraba que ningún gobierno se tomó la molestia, por ejemplo, de proporcionarles cierto amparo levantando más caminos?

Su africanismo se tradujo en la defensa acérrima de la profesionalidad de una casta. De acuerdo con Tusell y Queipo de Llano, Annual estuvo más motivado por los errores de la política civil, y en particular por las vacilaciones gubernamentales, que por la carencia de medios o por la política militar³⁸. Manuel Galbán, mucho antes, ya denunció esos vaivenes políticos. Pero, más si cabe, las limitaciones económicas del

³⁷ La dictadura había procurado jugar, hasta mediados de los cincuenta, con la revitalización del africanismo como una de las prioridades de la acción exterior. Más tarde, intentó ganar protagonismo internacional como país descolonizador y magnánimo con sus ex-colonias. Ello no garantizó la gratitud marroquí, sino que los contenciosos fueron habituales (conocido es el ejemplo del problema pesquero).

³⁸ Javier Tusell y Genoveva G. Queipo de Llano, *Alfonso XIII, el rey polémico* (Madrid: Taurus, 2001), pp. 389-395.

Ejército de África. *España en África* es, además, un alegato a favor de la amistad entre Berenguer y Silvestre. También constituye la más sólida defensa del proceder del segundo en la Comandancia General de Melilla. ¿Por qué? Porque desde el mismo momento del cataclismo de Annual, la conmoción propició el surgimiento de apologistas y detractores de su figura³⁹. Ruíz Albéniz, por ejemplo, tildó a Silvestre de “cantón independiente”⁴⁰, mientras efectuó una defensa de Berenguer a capa y espada. También Bastos Ansart censuró su apego al peligro⁴¹. Gómez Hidalgo, en cambio, aplaudió su carácter resolutivo⁴². Otros, como Azpeitia o Hernández Mir, buscaron repartir culpas, acusando a Berenguer de connivencia y a Silvestre, de temerario⁴³. Además, del comandante se publicó una brevísima biografía escrita en 1929 por Tomás García Figueras. Lo definió como “símbolo perfecto de la raza”⁴⁴. Mientras, el turno para Berenguer llegó en 1949, cuando Juan de Alfarache le dedicó un trabajo de tono exculpatorio, pero sin ocultar un “resabio de juvenil rivalidad” y cierto exceso de confianza para definir la vinculación con su subordinado⁴⁵.

Manuel Galbán Jiménez, después de escrutar la correspondencia cruzada, apreció virtudes en ambos mandos. Explicaba amplísimamente el accidentado ascenso político de Berenguer, desde el Ministerio de Guerra hasta la Alta Comisaría y el

³⁹ María Gajate Bajo, “Manuel Fernández Silvestre: Luces y sombras de un militar muy novelesco”, ed. por Asociación Española de Historia Militar, *Novela histórica e Historia Militar. Actas del II Congreso Internacional de Historia Militar* (Madrid: Ministerio de Defensa, 2016), pp. 377-399.

⁴⁰ Víctor Ruíz Albéniz, *Las responsabilidades del Desastre. Ecce Homo: Prueba documental y aportes inéditos sobre las causas del derrumbamiento y consecuencia de él* (Madrid: Biblioteca Nueva, 1922), p. 271. Afirma que Silvestre viajó a la Península para conferenciar con Eza, ministro de Guerra, y con algunos miembros del Estado Mayor cuando el alto comisario desaprobó su plan de avance. Hoy sabemos que Silvestre presentó su plan “sin que este obtuviera expresa aprobación, ni fuese tampoco desautorizado”, tal y como figura en: Archivo Histórico Nacional, Tribunal Supremo, 51 N 2 folios 6409-6417v.

⁴¹ Francisco Bastos Ansart, *El Desastre de Annual: Melilla en julio de 1921* (Barcelona: Minerva., 1921), pp. 104-105; y Francisco Hernández Mir, *Del Desastre al fracaso. Un mando funesto* (Madrid: Pueyo, 1922), p. 18.

⁴² Víctor Ruíz Albéniz, *Las responsabilidades...* p. 209; y Francisco Gómez Hidalgo, *Marruecos: la tragedia prevista* (Madrid: Pueyo, 1921).

⁴³ Antonio Azpeitia, *Marruecos, la mala semilla (Ensayo de análisis objetivo de cómo fue sembrada la guerra en África)* (Madrid: Imprenta clásica española, 1921), pp. 83-86.

⁴⁴ Tomás García Figueras, *Biografía del General Fernández Silvestre y su labor desarrollada en la zona de Larache* (Ceuta: Imprenta Tropas Coloniales, 1929), p. 22. Silvestre, recientemente, ha merecido otras dos biografías, con escaso aparato crítico, pero interesantes: Manuel Serrano Vélez, *Silvestre o el sueño de un imperio* (Málaga: Almuzara, 2018); y Vicente Fernández Riera, *De Cuba a Annual. Vida y muerte del general Silvestre (1871-1921)* (Madrid: Almena, 2018).

⁴⁵ Juan de Alfarache, *Berenguer* (Madrid: Editorial Purcalla, 1949), p. 53.

singular momento que atravesaba el Protectorado al término de 1918: había llegado la hora de dejarse de contemplaciones ante El Raisuni, tras el *impasse* de la Gran Guerra, y del avance hacia un anhelado régimen civil⁴⁶. Galbán nos muestra a un Berenguer decidido, muy controlador y frontalmente opuesto a la eufemística “compra de voluntades”⁴⁷; empeñado, en lo político, en recuperar facultades, muy tirante con Tovar, más sosegado con Villalba y en buena sintonía con Eza⁴⁸; empeñado también, en lo militar, en abalanzarse sobre el estratégico paso del Fondak, vital para luego asestar un golpe letal sobre el caudillo de Yebala⁴⁹.

Apenas medio año después de la llegada de Berenguer a Tetuán, le siguió Silvestre en Ceuta. Su estancia aquí, no obstante, fue breve. De acuerdo con Galbán, Berenguer propuso el traslado de Silvestre a Melilla –principios de 1920– cuando Villalba le consultó quién debía remplazar a Aizpuru⁵⁰. Descartaba, en este punto, cualquier injerencia regia. El periodista, perspicazmente, ofrecía pocas pistas sobre la trayectoria previa de este general. Apenas sugería que su actuación, hacía años en Ceuta y Larache, frente a El Raisuni había sido certera: “Su conducta tuvo plena confirmación al ser relevado por el general Barrera, que chocó con el mismo obstáculo; las

⁴⁶ El conde de Romanones designó a Berenguer como alto comisario después de que otros candidatos rechazasen el ofrecimiento. Galbán afirmaba que el rey tuvo que presionarlo porque el ambiente abandonista peninsular y la agresividad gala en las proximidades de Ain Zorah no hacían apetecible el cargo. Manuel Galbán Jiménez, *España...* pp. 135-145. Ruíz Albéniz, en cambio, se hizo eco de las ambiciones de Silvestre sobre la Alta Comisaría y de su pésima relación personal con Romanones. Añadía, además, el rumor de que Berenguer llegó a Guerra porque fue Silvestre quien convenció al rey. Víctor Ruíz Albéniz, *Las responsabilidades...* pp. 101-102.

⁴⁷ Berenguer confesó a Aizpuru (carta del 11 de diciembre de 1919) su desdén hacia la política de sobornos. Manuel Galbán Jiménez, *España...* pp. 173-185.

⁴⁸ Galbán exhibe una actitud curiosa ante Berenguer. Aplauda sus dotes militares, pero desconfía de sus inclinaciones políticas. Le reprocha el impulso al Real Decreto del 11 de diciembre de 1918, por el que se suprimía el cargo de General en Jefe. El alto comisario no cejó en el empeño hasta recuperar sus plenas facultades, sacando a colación el asunto en toda la correspondencia con los ministros. Manuel Galbán Jiménez, *España...* pp. 134, 147-148, 159-163 y 193. El trato frío con Tovar obedeció a que este último le rogó mayor diligencia al notificarle combates y, encima, no le consultó el nombramiento de Silvestre como comandante general de Ceuta. Manuel Galbán Jiménez, *España...* pp. 241-243. Con Eza, en cambio, logró el mando directo sobre las columnas de operaciones a partir del 1 de septiembre de 1920. Manuel Galbán Jiménez, *España...* pp. 203-234. Véase “Carta del Vizconde de Eza a Dámaso Berenguer (16-01-1921)”, Archivo Histórico Militar de Madrid, Fondo Manuel Fernández Silvestre, caja 1524, carpeta 14.

⁴⁹ Manuel Galbán Jiménez, *España...* pp. 116-131. Galbán desdeñaba el pactismo porque “había que hacerse el loco y mantener una postura por demás incómoda, pasando por carros y carretones. Lo primordial para el Gobierno no era la realidad que imponía la situación, sino que no sonara la pólvora” (p. 133).

⁵⁰ Manuel Galbán Jiménez, *España...* p. 187-189. Berenguer, además de proponer el traslado de Silvestre a Melilla, sugirió su remplazo en Ceuta por Martínez Anido pero “altas indicaciones” lo impidieron. Es decir, Galbán sugiere que el rey quería que permaneciese en Barcelona.

manifestaciones del general Jordana, haciéndosele insoportable mantener relaciones colaboradoras, y la actitud adoptada por el general Berenguer, de rompimiento obligado”⁵¹. No es difícil adivinar a qué obedecía este silencio: eludía relatar el oscuro incidente de Cuesta Colorada (un *manolo* se implicó en el asesinato del lugarteniente de El Rasiuni, Alkalay, lo que le costó el puesto en 1915 tanto a Silvestre como al alto comisario Marina).

Examinemos la relación entre los generales desde mediados de 1919: tras la llegada de Silvestre a Ceuta empezaron los trabajos preparatorios de la operación del Fondak y no tardaron en surgir las diferencias de criterio entre el comandante y el alto comisario. El motivo, una carta-informe del primero, remitida el 17 de agosto de 1919. Galbán reconocía que Berenguer se sintió inquieto porque Silvestre consideraba necesarias más fuerzas para actuar, un mayor parque móvil, sección de ambulancias, etc. aunque acabó plegándose a la voluntad de su superior. El periodista mostró cómo a ambos les separaban cuestiones doctrinales. Para ello se hacía eco de algunos pasajes del libro de Berenguer: “Nada de guerra a sangre y fuego (...) primero la acción política intensa, que anestesia; después, la operación quirúrgica, limitadísima; luego, cicatrizar rápidamente la herida con la creación de escuelas y dispensarios”⁵². El alto comisario era un ferviente admirador de la llamada “mancha de aceite” gala. Según Silvestre, sin embargo, esto no era lo prudente en Marruecos. Y lo mismo opinó Galbán, arguyendo que, con Silvestre todo se reducía a esta discrepancia doctrinal, lo que no le impidió a Berenguer mostrar, excepcionalmente, bastante manga ancha:

No se presentó en Melilla a tomar el mando directo de las tropas el general Berenguer, que hubiera producido un verdadero desaire al culto de la amistad y a la confianza, para el que ostentaba mayor antigüedad, amigo y compañero de Academia y Promoción. Procedió Berenguer, con delicada corrección interpretativa, la

⁵¹ Manuel Galbán Jiménez, *España...* p. 179. Francisco Gómez Jordana representó el colmo de las políticas pactistas. Bajo su mandato como alto comisario se justificó el inmovilismo colonial para así evitar las suspicacias galas en tiempos de la Gran Guerra. En cuanto a Berenguer, la toma de Xauen le proporcionó cierta aura heroica, capaz de acrecentar el ya enorme prestigio adquirido por sus avances en Ceuta con fuerzas de choque profesionalizadas y oficiales muy cuajados.

⁵² Manuel Galbán Jiménez, *España...* pp. 252 y, para el relato completo de toda la operación sobre el paso estratégico del Fondak, pp. 245-280. Galbán aludió detenidamente a una reunión, celebrada el 6 de septiembre de 1919, entre Berenguer y los comandantes de Ceuta y Larache para ultimar el ataque sobre Wad Ras. Subrayaba, algo muy anómalo, que Beigdeber levantó acta del encuentro, claro indicio de que existían discrepancias técnicas entre los mandos (p. 274).

*facultad del mando superior. ¿Quién no hubiera procedido con la misma discreción, con la misma delicadeza?*⁵³.

A partir de febrero de 1920, los avances fueron rápidos; el intercambio de telegramas, fluido⁵⁴; Berenguer visitaba periódicamente la región oriental, le dejaba hacer y mostraba una confianza ciega en su subordinado (carta al ministro de Estado, Lema, el 30 de noviembre de 1920), que a su vez ofrecía continuas muestras de sumisión y disciplina⁵⁵. Éxito tras éxito, los españoles ocuparon Tafersit, Dar Drius y, en diciembre, el Monte Mauro⁵⁶. El coronel Morales, responsable de la Policía Indígena, logró aproximarse a jefes locales como Bu Rahai o Hadu Buljerif, pero también empezaron a surgir problemas en el horizonte: el harca de Azilaf, otra en Trugut... y el doble juego de Abd-el-Krim. Galbán reprodujo y examinó minuciosamente la correspondencia que intercambiaban autoridades militares y políticas del Protectorado e informó a sus lectores de que Alhucemas estaba poco menos que al alcance de la mano por el camino costero. Aunque ni omitió la precariedad con que actuaba el Ejército de África ni las consecuencias del encuentro en el *Giralda*: Berenguer y Silvestre se reunieron en marzo, en aguas de Alhucemas, para intercambiar planes e impresiones. Berenguer desembarcó y saludó a varios pensionados, pero, cuando ya había terminado el acto, se registró cierta agitación que concluyó días después con un bombardeo sobre

⁵³ Manuel Galbán Jiménez, *España...* p. 621.

⁵⁴ Aunque sabemos que pervivían esas diferencias doctrinales. Se observan, por ejemplo, en el telegrama que Berenguer dirigió a Silvestre, de modo cifrado, el 16 de junio de 1920 y que parece responder a una atrevida propuesta del comandante de Melilla: le prohibió efectuar vuelos de reconocimiento en el bajo Nekor. Berenguer, prudentemente, argumentaba que su efecto podría resultar contraproducente para el *statu quo* de la bahía. Véase “Telegrama cifrado del alto comisario al comandante general de Melilla”, Archivo Histórico Militar de Madrid, Fondo Manuel Fernández Silvestre, caja 1524, carpeta 13.

⁵⁵ Manuel Galbán Jiménez, *España...* pp. 280-322. Es curioso como aquel apasionamiento, aunque atenuado, se perpetúa en la historiografía hasta nuestros días. La Porte al referirse a Silvestre destacó su carácter arrogante y escasa habilidad diplomática. Cargando más las tintas, M^a Rosa de Madariaga destacó el carácter palaciego de ambos, el difícil papel asignado a Berenguer y, de Silvestre, su campechanía, una mirada “algo porcina” y afición por las mujeres. Juan Pando, al contrario, retrató a Silvestre como “aventajado en diplomacia”, si bien “lo suyo era el fuego”. Además, reprochó a Berenguer su inacción Véase: Pablo La Porte, “El Desastre de Annual y la crisis de la Restauración en España (1921-1923)” (Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 1997), pp. 100, 132-133 y 176-177. <https://eprints.ucm.es/2471/1/T22094.pdf>; M^a Rosa de Madariaga, *Abd-el-Krim El Jatabi...* pp. 123-134 y 22; y Juan Pando Despierto, *Historia secreta de Annual* (Madrid: Temas de Hoy, 1999), pp. 26, 34 y 43.

⁵⁶ Canteras Zubieta presenta a Silvestre como un oficial preocupado por el bienestar de sus soldados y en perfecta compenetración con su superior. Ahora bien, este investigador enfatiza la mendicidad en la que se desempeñaba el ejército y censura a un Berenguer repleto de optimismo. Algo que en su momento ya señaló, por ejemplo, el joven Jordana. Véase: Lucas Canteras Zubieta, “1921: repensando el desastre de Annual”, *Investigaciones. Revista Universitaria de Estudios Sociales*, 3, (2014): 39 y 5; y Francisco Gómez-Jordana, *La tramoya de nuestra actuación en Marruecos* (Málaga: Algazara, 2005), p. 44.

la costa⁵⁷. Al incidente no se le otorgó la importancia debida, aunque marcó el inicio de un cambio en las dinámicas hispano-marroquíes⁵⁸.

Abd-el-Krim multó a los colaboracionistas de España y empezó a armar a sus fieles, mientras protagonizaba –enlacemos acontecimientos– esos enigmáticos encuentros con Antonio Got. Por su parte, Fernández Silvestre tomó la delantera al caudillo rifeño y saltó sobre Abarrán. Lo que sigue es bastante conocido: la defección del harca amiga, el tenso encuentro de los generales en el *Princesa de Asturias*, el avance sobre Igueriben y el cerco rifeño sobre esta posición que precipitó, asimismo, la desbandada de Annual⁵⁹. En *España en África* encontramos muchas de las comunicaciones entre Berenguer y Silvestre⁶⁰, así como la correspondencia de Berenguer con Eza y del coronel Morales con el comandante y con Got, las cartas entre Abd-el-Krim y Civantos (siempre alerta desde el Peñón), el durísimo testimonio de Escudero, etc. Incluso Galbán nos aclara el origen del insistente rumor sobre el envío de emisarios a la Península para esquivar a un pasmado Berenguer. Partió de una noticia de *El Telegrama*, publicada el 13 de julio de 1921. Se daba cuenta de un precipitado viaje del general Navarro:

⁵⁷ El relato más reciente sobre este episodio, derivado en buena medida de la enemistad entre otro líder local, Solimán, y Abd-el-Krim, en Jorge. M. Reverte, *El vuelo de los buitres. El desastre de Annual y la Guerra del Rif* (Madrid: Galaxia, 2021), pp. 84-97. El autor pone de relieve la dimensión reformista del líder Urriaguel, algo perfectamente compatible con el carácter avaro que denuncia Galbán.

⁵⁸ Manuel Galbán Jiménez, *España...* pp. 328-345. Berenguer se comunicó con Lema el 17 de abril de 1921, transmitiéndole su optimismo y restando trascendencia a la agitación entre los Urriaguel. Al contrario, Silvestre, en una carta que Berenguer recibió el 6 de mayo, sí lamentaba la violencia desatada, el ambiente de represalias y el pernicioso efecto de la desigual distribución de pensiones entre los jefes locales. Sea como fuere, Silvestre no suspendió su viaje a la península entre el 21 de abril y el 10 de mayo.

⁵⁹ Juan Antonio Gómez Martínez, “La actuación del general Fernández Silvestre al mando de la Comandancia General de Melilla y su responsabilidad en el desastre de Annual”, *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, 71, (2009): 50-108. El autor intenta descargar de culpas a ambos mandos al repasar los movimientos sobre el terreno durante la primera mitad de 1921.

⁶⁰ Abundando en el repaso historiográfico, Terreros Ceballos sostiene que Silvestre informaba tarde y mal a su superior. Este académico ha puesto de relieve el carácter intransigente y displicente del comandante, primero con El Raisuni y luego con Abd-el-Krim. También Albi ha subrayado que Silvestre no era del todo sincero, mientras a Berenguer le recrimina su carácter reservado. En Gonzalo Terreros Ceballos, “Antonio Maura y la cuestión marroquí” (Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2013), pp. 231-232, <https://eprints.ucm.es/22275/>; y Julio Albi de la Cuesta, *En torno a Annual*. Madrid: Ministerio de Defensa, 2014, pp. 264-265 y 290. Este autor, además, niega la existencia de un plan para la toma de Alhucemas. Lo mismo sostiene Juan Antonio Gómez Martínez, “La actuación”... p. 77. Es Galbán el primero en intentar convencer a sus lectores de que, a pesar del nombre –*Plan político-militar a realizar sobre Alhucemas*–, solo se estaba estudiando la ocasión para remontar el Quilates. Manuel Galbán Jiménez, *España...* p. 539.

Todos coincidían en que el general Navarro llevaba una misión secreta para Madrid; enlazábase con la ausencia en la península, del teniente coronel don Tulio López, ayudante del general Silvestre. Unos decían que Silvestre, por aquellos conductos, había planteado al gobierno la difícil situación en que se encontraba; otros consideraban que, debido a la subordinación de Silvestre a Berenguer, por el mal efecto que pudiera producir al gobierno una exposición de tal gravedad fuera del conducto reglamentario, consideraban más verosímil que se hubiera puesto en contacto con el Negociado de Marruecos del Ministerio de la Guerra en la misión confiada⁶¹.

¿Misión secreta o encargada por Berenguer? ¿Se intentaba apartar al Ministerio de Estado de la resolución del conflicto? Galbán no se pronunciaba, conformándose con aludir al retorno de Navarro el 19 de julio. Se habían metido en la boca del lobo, aprisionados por el terreno. El periodista, en adelante, se obcecó en argumentar que Silvestre actuaba estrictamente a la defensiva.

En todo caso, sorprende, y queremos incidir en ello, la riqueza de la documentación manejada. Galbán lo reproduce todo, absolutamente todo, para retratar a un Fernández Silvestre que transita de la pesadumbre al desquiciamiento frente a un Berenguer atento, aunque con escaso arranque⁶². Galbán concluía que poco importó la calidad del trato entre el alto comisario y el comandante general de Melilla⁶³. El problema siempre residió en la debilidad de un sistema con posiciones tan diseminadas⁶⁴.

⁶¹ Manuel Galbán Jiménez, *España...* p. 359.

⁶² La tristeza de Silvestre se percibe tras lo de Abarrán. Operó sobre este enclave con un preaviso al alto comisario de apenas un día y contra la voluntad de Dávila, jefe de la Sección de Campaña. Véase Valentín Dávila Jalón, *Una vida al servicio de España* (Madrid: Escuela de Estudios Esotéricos, 1978), pp. 463-464. Berenguer, aunque molesto, tranquilizó al ministro de Guerra a propósito de la estabilidad del frente oriental. Véase Julio Albi de la Cuesta, *En torno...* pp. 234-243, y Pablo La Porte, "El Desastre"... p. 159. Galbán, por otro lado, admitía que Silvestre se hallaba desbordado cuando solicitó nada menos que un simulacro de desembarco para distraer a los atacantes. En Manuel Galbán Jiménez, *España...* pp. 379-382. En realidad, la idea del simulacro partió de Morales. "Cartas del coronel Morales (17-19 de julio de 1921), Archivo Histórico Militar de Madrid, Fondo Manuel Fernández Silvestre, caja 1524, carpeta 14.

⁶³ Entre las investigaciones más recientes Ramón Díez defiende que Berenguer y Silvestre eran amigos, pero la estancia del segundo en Ceuta generó un ambiente enrarecido. Trasladado a la Comandancia General de Melilla, emprendió un avance imprudente, aunque previsible desde la supresión del mando en jefe. Mientras, el alto comisario –carente de sentido común– siguió enfrascado en su guerra. Ramón Díez Rioja, "El desembarco de Alhucemas. La operación definitiva del colonialismo español en Marruecos (1911-1925)" (Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Madrid, 2019), pp. 196-197 y 215-229.

⁶⁴ Manuel Galbán Jiménez, *España...* pp. 391-396. Por su parte, Ruíz Albéniz se mostró contradictorio ante la política de dispersión de blocaos (la desdeñaba, salvo si la ponía en práctica Berenguer). Véase Víctor Ruíz Albéniz, *Las responsabilidades...* pp. 13, 55-60 y 119. En la actualidad, Luis Miguel Francisco ha denunciado tanto lo pernicioso de este método. De paso, describe a Silvestre como

La depuración de responsabilidades ¿Cómo Galbán “expedienta” a Picasso?

Además de la calidad del trato entre Berenguer y Silvestre, nos importa conocer someramente la conducta de este último al frente de la Comandancia de Melilla si queremos esclarecer el asunto de las responsabilidades y entender el posicionamiento de Galbán en esta materia. Hasta 1921, la trayectoria de Silvestre había sido meteórica, pasando por Casablanca, Melilla, Larache, etc. y casi impecable –no olvidemos el asesinato de Cuesta Colorada–. Sin embargo, su suerte se torció a partir de marzo. Los acontecimientos se precipitaron, aunque Galbán rechazó la idea de que Silvestre rivalizase entonces con Berenguer o de que fuese un imprudente. En su opinión, la culpa del derrumbamiento, y de la muerte del propio comandante en circunstancias poco claras, recaía en la esfera política.

Por esta razón denunció la irresponsabilidad de unos y otros (se libra tan solo Maura), revelando cómo la depuración de responsabilidades castrenses le generó un enorme malestar. Sabemos que, en julio de 1922, el Consejo Supremo de Guerra y Marina aprobó el informe provisional de la comisión Picasso. Acordó procesar a treinta y nueve militares, además de los ya citados en el expediente, que sumaban treinta y siete. Ni García Moreno, el fiscal militar, ni el togado Romanos podían aceptar el veto de La Cierva, apuntando al alto comisario como responsable de la falta de previsión y del abandono de la columna de Navarro, sitiada en Monte Arruit. Dámaso Berenguer, recién llegado a Madrid y que todavía permanecía obcecado en la idea de cercar a El Raisuni, cesó en el acto (a la quinta, la vencida) y fue sustituido por el general Burguete, un viejo enemigo⁶⁵.

Contra la labor de Picasso y contra la sentencia condenatoria de Berenguer arremetió un enfurecido Manuel Galbán. Los abandonistas, además, también se ganaron su más hondo desprecio:

La conmoción popular fue en proporción a la magnitud de la catástrofe. Nadie se explicaba el desgraciado acontecimiento de aquel

escéptico ante la posibilidad de un avance rápido hacia Alhucemas. Luis Miguel Francisco, *Annual, 1921, Las imágenes del desastre* (Madrid: AF Editores, 2005), pp. 10-18 y 39-47.

⁶⁵ Para entender la gestación de esta enemistad, Archivo Histórico Militar de Madrid, Fondo Manuel Fernández Silvestre, caja 1524, carpeta 11. Destaca la carta que remite Berenguer a Silvestre el día 19 de julio de 1919 y donde aparece la célebre “comunidad de ideas” cuando el alto comisario lamenta el ascenso a teniente general de Primo de Rivera en vez de Aizpuru, ya que deseaba remplazar a este por Silvestre. Asimismo, se lee aquí el mucho menos célebre “no hay inconveniente en que leas esto al señor, si quieres”. Se podría conjeturar con que nos hallamos ante una alusión discreta a Alfonso XIII.

luto nacional. No se hablaba de otra cosa, sobrecogido el ánimo de los españoles. La prensa acogía el clamor de la calle exponiendo su criterio apasionadamente, desorientada, ya culpando al alto comisario, general Berenguer, ya atribuyéndolo a Silvestre, despistada en sus juicios y comentarios, o por lo menos, falta del conocimiento de las causas que lo habían producido. Unos lloraban a sus deudos, otros discutían acaloradamente sus particulares puntos de vista; envenenaban las conciencias los del “río revuelto”, aquellos “puritanos” que después usurparon el poder, nos trajeron la República de sangre, lodo y lágrimas⁶⁶.

Galbán efectuaba una equiparación absoluta –y falsa– entre abandonistas y republicanos⁶⁷. Además, argumentó que fue imposible socorrer Monte Arruit y se hizo eco de una oferta de salvamento por parte del coronel José Riquelme, calificada de absoluto disparate. Asimismo, con ese permanente propósito de exonerar a Berenguer, el periodista puntualizaba que fue el Gobierno quien se decantó por la capitulación ante los rifeños⁶⁸. Podemos entender –que no justificar– el abandono; no podemos entender que Berenguer, entre oportunista y desvergonzado, arrojase balones fuera en su libro al destacar los supuestos efectos beneficiosos del desastre de Monte Arruit: “Con la indignación por la salvajada nació el sentimiento de vengar a nuestros hermanos”⁶⁹.

Por otra parte, el periodista minimizó la importancia de una elevada moral para el buen desempeño militar y, contradijo, en particular, las declaraciones de Fernández Tamarit ante la Comisión de Responsabilidades. La práctica del juego estaba también muy extendida en la península, pero no era incompatible con la exhibición de valor y así se pudo comprobar durante el asedio de Igueriben. A propósito de la atmósfera de Melilla, Galbán escribía:

⁶⁶ Manuel Galbán Jiménez, *España...* p. 478.

⁶⁷ Los líderes más conocidos del republicanismo en los años veinte, tales como Alejandro Lerroux y Melquiades Álvarez pecaron de incoherentes respecto a la presencia colonial de España en África. Véase: “Declaraciones de Lerroux”, *La Correspondencia de España*, 18 de agosto de 1921, p. 1; “Manifestaciones del señor Lerroux”, *La Época*, 18 de agosto de 1921, p. 1; “El señor Lerroux pronuncia en el congreso su anunciado discurso sobre Marruecos”, *El Sol*, 30 de noviembre de 1921, p. 1; y “Opinión de don Melquiades Álvarez”, *La Época*, 8 de agosto de 1921, p. 1.

⁶⁸ Manuel Galbán Jiménez, *España...* pp. 414-450. Galbán incluyó en su libro la copia del acta de la reunión celebrada el 6 de agosto, donde se desechaba la operación y aportó datos del Estado Mayor sobre la llegada de tropas peninsulares y su pésima instrucción. El periodista, en otro pasaje, cargó brutalmente contra Riquelme y su abrazo al republicanismo (pp. 543-544). Un similar sentimiento de impotencia generó el espinoso asunto de los prisioneros y, más aún, el rescate protagonizado por Echevarrieta. De acuerdo con Galbán, no es que a Berenguer le faltara entusiasmo para gestionar su rescate, sino que las circunstancias del momento eran muy complejas (pp. 452-459).

⁶⁹ Dámaso Berenguer, *Campañas...*, p. 101.

El juego de azar se practicaba en Melilla sin distinción entre militares y paisanos, lo mismo, exactamente lo mismo, que se había arraigado el vicio en toda la península (...) No había derecho a sacar las consecuencias de que el juego influía depresivamente en el espíritu de la Oficialidad, y en cambio, a los que vestían uniforme o traje civil, a esos no les causaba ninguna perturbación moral la misma corrupción (...) A mi entender, una cosa es un solaz esparcimiento, aunque lleve la intención del lucro, y otra muy distinta y distante volver la espalda al enemigo⁷⁰.

Por último, y en ello nos vamos a detener, Manuel Galbán quiso desenmascarar los errores cometidos por Juan Picasso. Aludió, entre otros defectos, a su excesivo “esfuerzo imaginativo”; opinaba que se extralimitaba y desoía las indicaciones de La Cierva⁷¹; le acusó de efectuar una interpretación torticera de las comunicaciones entre los mandos (por ejemplo, el telegrama que Berenguer envía a Lema el 13 de noviembre de 1920 o de la carta política que le remite el 17 de abril de 1921⁷²); y de empeñarse en publicitar algunas fisuras entre un certero Morales y un siempre comedido Silvestre. Galbán, al contrario, subrayó la coincidencia de pareceres entre el borrador del primero –remitido a Berenguer a mediados de febrero– y el famoso *Plan político-militar a realizar sobre Alhucemas* del segundo, que recibe el alto comisario a comienzos de marzo:

¿No es la misma apreciación al decir el coronel Morales que “se había llegado al límite de elasticidad de las fuerzas de que Vuestra Excelencia dispone”, a la del general Silvestre ante el alto comisario, refiriéndose a Tensaman, que la parte militar no podría ir, “por falta de medios”, como quisiese la acción política? ¿Acaso no es un alto en

⁷⁰ Manuel Galbán Jiménez, *España...* pp. 461-466. Muy interesadamente, Galbán se escuda en los testimonios de Burguete y del “indocumentado” Riquelme –uno de los militares que sostuvo un trato personal más fluido con Abd-el-Krim–, para desmontar la idea de que la relajación de costumbres provocó una merma de la moral castrense. En opinión de Galbán resultaron mucho más lesivos para la acometividad del soldado elementos tales como la ausencia del sustento popular y la desaparición de las recompensas (p. 468). Señalaba que para combatir esa supuesta corrupción generalizada se solicitó un informe de la Fiscalía Jurídica Militar de Melilla, con resultados poco relevantes (pp. 573-576).

⁷¹ Galbán jamás cuestionó la dudosa moralidad de la actuación del ministro al vetar el alcance de la investigación. Al contrario, remachó que debía limitarse a la conducta de jefes, oficiales y tropa porque el comportamiento de Silvestre era inseparable del de Berenguer y, por tanto, “de apreciación exclusiva del Gobierno, máxime cuando había sido autorizado el General Silvestre para la evacuación de Annual por el alto comisario”. Manuel Galbán Jiménez, *España...* p. 549. Contra esta aseveración, Berenguer negó emitir esa orden de retirada ante la Comisión de Responsabilidades, entrando en conflicto con otros testimonios. Un resumen de estas contradicciones en: Julio Albi, *En torno...* pp. 306-307.

⁷² Manuel Galbán Jiménez, *España...* pp. 486-487 y 499-506. Galbán responsabiliza a Picasso de tergiversar y mezclar los tiempos de las operaciones de Beni Said/Beni Ulichek y Tensaman; también lo acusa de juzgar alegremente las intenciones de Silvestre.

*la marcha, por impotencia, lo que significan estas líneas del general Silvestre?*⁷³.

El periodista melillense argumentó que Abarrán –y por extensión, Igueriben– no constituían la punta de lanza para un avance inmediato sobre Alhucemas⁷⁴. Galbán subrayaba que el asalto sobre la bahía únicamente se hallaba en fase de estudio; no lograba entender que Picasso estimase más las declaraciones del capitán Fortea o unas minutas de Morales que las palabras del teniente coronel Dávila, jefe de la sección de campaña de la Comandancia⁷⁵; concluía incidiendo en que el Ejército de África vivía en la indigencia y en que Picasso pretendía extraviar a la opinión y ocultar, en todo momento, las responsabilidades del Ministerio de Estado en la escabechina⁷⁶. A su parecer, este había sido incapaz de asumir el fracaso de la política de pensiones y promocionaba absurdas dinámicas para la ocupación del territorio⁷⁷. Ahora bien, Galbán

⁷³ Manuel Galbán Jiménez, *España...* pp. 491-492 y 523. Galbán señaló que esa elasticidad forzada tenía un plazo, hasta finales de abril, coincidiendo con el término de la instrucción de los nuevos reclutas. La sumisión de Beni Said y Beni Ulichek, con 4.500 kilómetros cuadrados de extensión, obligó a dejar en cuadro las columnas móviles (p. 589). Galbán omitió, a diferencia de Ruíz Albéniz, el relegamiento de Morales a la Plaza entre febrero y mayo de 1921. Este médico defendió que el teniente coronel Morales apostaba por el camino costero hasta Alhucemas mientras que Silvestre se decantaba por el avance terrestre a viva fuerza. No obstante, cabe destacar que, en el *Plan político-militar*, en efecto, se optaba por la costa. Víctor Ruíz Albéniz, *Las responsabilidades...* pp. 209 y 234-236; y “Plan político-militar a realizar sobre Alhucemas”, Archivo Histórico Nacional, Tribunal Supremo, 51 N 2 folios 628-639.

⁷⁴ Manuel Galbán Jiménez, *España...* pp. 492-499. Denuncia en este punto las contradicciones de Berenguer: primero declaró que tras conversar frente a Sidi Dris, a bordo del *Princesa*, “salió la renuncia a avanzar sobre Alhucemas”. De inmediato, respondiendo a otra cuestión se corrigió: “No es que se desistiera de ir a Alhucemas, porque no estaba acordado, sino que reconocíamos los dos que no había prisa en ir” (p. 553). Véase también: Comisión de Responsabilidades, *De Annual...*, pp. 302-303. Galbán sostuvo que la entrevista, el día 5 de junio de 1921, debió ser violenta porque Silvestre deseaba un castigo inmediato y Berenguer lo frenó (p. 719). Dávila, que acompañó a Silvestre, no aportó información sustancial sobre ella. Valentín Dávila Jalón, *Una vida...* pp. 493-494. Ruíz Albéniz aludió a un encuentro muy acalorado y ruidoso. Incluso, el comandante del barco les rogó discreción porque “hasta los fogoneros se estaban enterando de lo que decían”. Víctor Ruíz Albéniz, *España...* p. 213. Es una pena, desde luego, que ninguno de esos fogoneros escribiera su versión de esta historia.

⁷⁵ Manuel Galbán Jiménez, *España...* p. 531.

⁷⁶ Manuel Galbán Jiménez, *España...* pp. 584-585. Censuró a los sucesivos gobiernos por su desidia y a la prensa por su derrotismo. Tan solo Romanones –presentado como un vendido ante la opinión– y Canalejas viajaron al Protectorado para informarse sobre el terreno (p. 649). Opinión radicalmente distinta fue la de Ruíz Albéniz sobre Romanones (lo contrató como médico de la CEMR). Víctor Ruíz Albéniz, *España...* p. 200. Véase también, para entender los reproches de Galbán, la “Carta política del comandante general de Melilla al alto comisario”, Archivo Histórico Militar de Madrid, Fondo Manuel Fernández Silvestre, caja 1524, carpeta 14. Silvestre se quejaba porque creía tener menos recursos que Abd-el-Krim.

⁷⁷ Manuel Galbán Jiménez, *España...* pp. 591-595. El reparto de pensiones terminó siendo un sistema muy oneroso en la medida en que se amplió el territorio ocupado. Silvestre, tras los incidentes de marzo de 1921, ordenó al coronel Civantos –tal y como le comunicó a Berenguer en la carta política del 6 de mayo– la suspensión de casi todos estos desembolsos (salvo el del leal jefe Solimán) en Axdir. En esta tesitura, Fidel Dávila consideró inoportuno el viaje de Silvestre a la península, convencido de que

nunca se planteó las difícilísimas circunstancias en que actuó Picasso o por qué Silvestre se metió en la hoya de Annual. Y justificó las ocupaciones que siguieron al descalabro de Abarrán. En su opinión, su proceder fue meramente defensivo: “la situación política de Tensaman había abortado el plan para Alhucemas; todo lo que realizó posteriormente el general Silvestre fueron operaciones defensivas”⁷⁸.

La imagen que proyectó de Silvestre es la de un oficial que vivía para su trabajo, atento a los detalles y obediente ante las indicaciones de su superior. Galbán le reprocha por ello a Picasso que “el obsesionado mantiene una idea fija que ofusca su entendimiento, y el atribuirle decidido empeño de llegar a todo trance a Alhucemas, o sea, resueltamente, sin reparar en riesgos, está demostrado, por esa correspondencia entre los dos generales, que no puede desautorizar quien no estaba en el secreto de aquellos informes del general Silvestre y de su asesor el coronel Morales”⁷⁹. En el caso de Berenguer, Galbán únicamente admitió una actuación imprudente, cuando después del encuentro de marzo con el comandante, anunció “a bombo y platillo” que se iba a actuar pronto en la bahía de Alhucemas. Abd-el-Krim pudo fácilmente conocer esta Orden General, porque *El Telegrama* se hizo eco de ella, y aceleró sus preparativos militares⁸⁰.

Para abundar en la figura de Abd-el-Krim, empecemos subrayando la controvertida distinción entre *Bled-el-Majzén* y *Bled-es-Siba*, territorios sumiso y rebelde a la autoridad del Sultán. Las potencias del Viejo Mundo vieron en el desorden

hubiese sido más fructífera una inmediata entrevista personal con el caudillo del Rif. En Valentín Dávila Jalón, *Una vida...* pp. 437-449. Según Ruíz Albéniz, por último, el desencadenante de los mencionados disturbios fue una fanfarronería de Silvestre ante los jefes locales. En Víctor Ruíz Albéniz, *Las responsabilidades...* p. 243.

⁷⁸ Manuel Galbán Jiménez, *España...* p. 524.

⁷⁹ Manuel Galbán Jiménez, *España...* p. 510. Galbán defendió la existencia de un trato cordial entre Silvestre y Morales. Precisaba, además, que ambos proyecto-informes recogían la necesidad de crear una Mía de Beni-Urriaguel y un Grupo de Regulares de Alhucemas, ya que el comandante sabía que el “Vizconde de Eza, no solamente había echado el cerrojo a la salida de tropas peninsulares para Marruecos, sino que había tenido gran empeño en licenciar para enero de 1921 los soldados del tercer año de servicio en filas” (p. 512). Galbán, a diferencia de Albéniz, jamás aludió al tan polémico asunto del abuso en la concesión de licencias y permisos. El teniente coronel Fidel Dávila, por último, denunció que Silvestre se mostraba excesivamente confiado, aun careciendo de fuerzas (y que sus solicitudes resultaban a todas luces insuficientes), motivo de discusiones entre ambos. Víctor Ruíz Albéniz, *Las responsabilidades...* p. 311 y 324; y Valentín Dávila Jalón, *Una vida...* pp. 514-515.

⁸⁰ Manuel Galbán Jiménez, *España...* p. 534-535. En este contexto debían entenderse las prevenciones de Silvestre, manifiestas en la carta política que el 29 de mayo de 1921 dirigía a Berenguer: daba cuenta de los rumores que apuntaban a la inminente instalación de un harca en Abarrán y añadía su famoso “en estas condiciones, hay que pensarlo mucho antes de efectuar un avance”. Sea como fuere, avanzó.

interno marroquí la oportunidad para satisfacer sus ambiciones imperialistas. En este sentido, los oficiales africanistas cargaron mucho las tintas contra los marroquíes, persuadidos de la existencia de una jerarquía natural entre razas⁸¹. También justificaron sus primeros tropiezos en el territorio rifeño pretextando que el atraso de la región complicaba mucho su labor. Pero ¿lo hizo Galbán? Creemos que no. Él no abusó de los tópicos sobre el carácter rifeño (fanático y traidor) ni, desde luego, minusvaloró el liderazgo de Abd-el-Krim. Semejantes conductas ya no tenían un pase en los años sesenta. En primer término, porque la supuesta ferocidad rifeña había resultado muy provechosa para el bando autoproclamado “nacional” en la guerra civil, sustento de la resucitada tesis de la hermandad; y, en segundo término, Abd-el-Krim en los años sesenta era una figura de fama mundial. Las explicaciones de Galbán no pretendieron caricaturizarlo, tampoco apelaron a su salvajismo, sino que acentuaban la idea de que su mejor aliado fue la propia indecisión de los españoles y el dinero logrado por el caudillo rifeño.

Galbán finalizó su libro despotricando sobre las consecuencias del expediente. Se hizo eco del injusto procesamiento de Berenguer y defendió la competencia gubernamental frente a la del Consejo Supremo para enjuiciarlo⁸². Deseaba que Annual recayera bajo la jurisdicción civil y no la militar. Señalaba que a Picasso se le había encargado la instrucción de “una información escrita de carácter gubernativo para esclarecer los antecedentes y circunstancias que concurrieron en el abandono de las posiciones”. Sostuvo, además, que sin vivir aquellos hechos era imposible entenderlos:

El Gobierno, como autoridad suprema, había resuelto la propuesta del general Berenguer de no movilizar las tropas expedicionarias para acudir en socorro de aquellas resistencias, cuando lo mantuvo en el cargo después de las rendiciones [alusión a Monte Arruit]; luego la responsabilidad quedaba transferida (...) Quien no viviera aquel tiempo no puede, por mucho que su imaginación quiera percibirlo, darse cuenta exacta de la descomposición reinante, de la dejación de autoridad que arrastraban

⁸¹ A pesar del darwinismo ambiental, los mismos oficiales admiraban la ferocidad y virilidad exhibida por los rifeños en el campo de batalla. Podría abundarse en esa característica exaltación de la hombría, de la sociabilidad prostibularia y en el culto a la cicatriz. A propósito del mundo de la prostitución en el Protectorado: M^a Begoña Etxenagusia Atutxa, “La prostitución en el Protectorado español en Marruecos” (Tesis doctoral, Universidad Pompeu Fabra, 2018), pp. 72-110.

⁸² Manuel Galbán Jiménez, *España...* pp. 610-611. A la hora de defender a Berenguer frente a Picasso y Sánchez Guerra sí coinciden Galbán y Ruíz Albéniz. Véase Víctor Ruíz Albéniz, *Las responsabilidades...* pp. 418, 435-450, 467 y 523.

*los gobiernos ante la impetuosa corriente de la opinión desbordante, envenenada con el libertinaje de la prensa y la tolerancia que se otorgaba a las actividades republicanas*⁸³.

Manteniendo a Berenguer su puesto los sucesivos gobiernos habían adquirido responsabilidades. Pero este elemento no eximía de culpas al alto comisario. Tampoco servía este argumento torticero, desde luego, para olvidar las de Silvestre. Sin embargo, Galbán jugó a apuntar contra los republicanos, en particular, y contra la opinión, en general. Una opinión pública que siempre fue víctima de estas contiendas, obligada a pagar con sangre un conflicto que ni entendía ni, en buena medida, deseaba. A Silvestre, dice Galbán, se le pidió un milagro y, en Annual, antes que pánico hubo impotencia. Por eso fracasó: le sobraba valor, mientras que le faltaron hombres y recursos⁸⁴. Picasso, según este periodista, favoreció la generación de “un embrollo mayúsculo y una desorientación absoluta”⁸⁵.

CONCLUSIONES

El periodista Manuel Galbán Jiménez escribió una obra colosal y de lectura difícil porque son muchos los personajes, declaraciones, cifras y acontecimientos que figuran en ella. Lo hizo en una fecha muy tardía, cuando la memoria del desastre de 1921 ya se había entibiado y Abd-el-Krim, incluso, había fallecido. Sin embargo, se respira todavía en las páginas de *España en África* su ardor africanista. Un africanismo complejo, bien articulado, cargado con juicios a veces sorprendentes y que conjuga postulados clásicos del pensamiento militar con las circunstancias propias de los años sesenta y con algunas aportaciones del africanismo decimonónico de corte más paternalista.

España en África constituye un testimonio de primerísima magnitud para el estudio de la intervención peninsular en el Protectorado y, sobre todo, para conocer su *historia íntima*. El historiador a menudo se da de bruces cuando desea profundizar en la gestión de este porque ignora aspectos fundamentales de las relaciones cívico-militares.

⁸³ Manuel Galbán Jiménez, *España...* p. 613.

⁸⁴ Manuel Galbán Jiménez, *España...* p. 729. Galbán añadía que, desde el preciso momento en que Abd-el-Krim castigó a los colaboracionistas de Axdir, fallaron las redes de espionaje: les prohibió entrar en el Peñón, así que los informes del comandante militar de Alhucemas pecaron de optimismo.

⁸⁵ Manuel Galbán Jiménez, *España...* p. 791.

Galbán, sin embargo, pone a nuestra disposición un enorme volumen de documentación crucial para conocer las relaciones entre las máximas autoridades militares en el territorio, en particular, entre Berenguer –antes político que militar pues aceptó una Alta Comisaría muy recortada en competencias– y Fernández Silvestre –orgulloso militar, hasta el corazón debía tenerlo de pólvora–. Crucial también para conocer el trato, no siempre cordial, entre Berenguer y los ministros de Guerra. Determinante, por último, para explorar la reacción del africanismo, en su versión más combativa, la que era tan parcial que, incluso, soslayaba el pasado abandonista de Primo de Rivera, con tal de glorificar el episodio de Alhucemas, y denigraba el trabajo de Juan Picasso.

BIBLIOGRAFÍA

- Akmir, Youssef. “Reflexiones sobre la sociedad marroquí y la política de atracción española (1898-1912)”. En *Relaciones entre España y Marruecos en el siglo*, coordinado por José U. Martínez Carreras, pp. 23-42. Madrid: Asociación Española de Africanistas, 2000.
- Albi de la Cuesta, Julio. *En torno a Annual*. Madrid: Ministerio de Defensa, 2014.
- Alfarache, Juan de. *Berenguer*. Madrid: Editorial Purcalla, 1949.
- Alía Miranda, Francisco. *Duelo de sables. El general Aguilera, de ministro a conspirador contra Primo de Rivera (1917-1931)*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2006.
- Azpeitia, Antonio. *Marruecos, la mala semilla (Ensayo de análisis objetivo de cómo fue sembrada la guerra en África)*. Madrid: Imprenta clásica española, 1921.
- Balfour, Sebastian. *El fin del imperio español (1898-1923)*. Barcelona: Crítica, 1997.
- . *Abrazo mortal. De la guerra colonial a la Guerra Civil en España y Marruecos (1909-1939)*. Barcelona: Ediciones Península, 2002.
- Balfour, Sebastian y La Porte, Pablo. “Spanish military cultures and the Moroccan wars, 1909-1936”. *European History Quarterly*, 30, (2000): 307-332.
- Bastos Ansart, Francisco. *El Desastre de Annual: Melilla en julio de 1921*. Barcelona: Minerva, 1921.
- Berenguer, Dámaso. *Campañas del Rif y Yebala. Notas y documentos de mi diario de operaciones*. Madrid: Editorial Voluntad, 1923.
- Caballero Echevarría, Fernando. “Intervencionismo español en Marruecos (1898-1928): análisis de factores que confluyen en un desastre militar, Annual”. Tesis

- doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2013.
<https://eprints.ucm.es/23082/1/T34806.pdf>
- Canteras Zubieta, Lucas. “1921: repensando el desastre de Annual”. *Investigaciones. Revista Universitaria de Estudios Sociales*, 3, (2014): 28-55.
- Cardona, Gabriel. *El poder militar en la España Contemporánea hasta la Guerra Civil*. Madrid: Siglo XXI, 1983.
- Comisión de Responsabilidades, *De Annual a la República*. (Madrid: Javier Morata, 1931.
- Dávila Jalón, Valentín. *Una vida al servicio de España*. Madrid: Escuela de Estudios Esotéricos, 1978.
- Díaz Morlán, Pablo. *Horacio Echevarrieta. El capitalista republicano*. Madrid: Lid, 1999.
- . *Empresarios, militares y políticos: La Compañía Española de Minas del Rif (1907-1967)*. Madrid: Marcial Pons, 2015.
- Díez Rioja, Ramón. “El desembarco de Alhucemas. La operación definitiva del colonialismo español en Marruecos (1911-1925)”. Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Madrid, 2019.
- Etxenagusia Atutxa, M^a Begoña. “La prostitución en el Protectorado español en Marruecos”. Tesis doctoral, Universidad Pompeu Fabra, 2018.
- Fernández Riera, Vicente. *De Cuba a Annual. Vida y muerte del general Silvestre (1871-1921)*. Madrid: Almena. 2018.
- Francisco, Luis Miguel. *Annual, 1921, Las imágenes del desastre*. Madrid: AF Editores, 2005.
- Gajate Bajo, María. “Manuel Fernández Silvestre: Luces y sombras de un militar muy novelesco”. En *Novela histórica e Historia Militar. Actas del II Congreso Internacional de Historia Militar*, editado por Asociación Española de Historia Militar, pp. 377-399. Madrid: Ministerio de Defensa, 2016.
- . “El Protectorado, las campañas hispano-marroquíes y la opinión pública”. *Revista Universitaria de Historia Militar*, 16, (2019): 82-103.
<https://ruhm.es/index.php/RUHM/article/view/519/505>
- Galbán Jiménez, Manuel. *España en África. La pacificación de Marruecos*. Madrid: Imprenta Servicio Geográfico del Ejército, 1965.
- Gallego Aranda, Salvador y Marqués Leiva, M.^a Rosa. *Cándido Lobera Girela (1871-1932). Militar, periodista, político y escritor*. Melilla: Fundación Melilla Ciudad Monumental, 2014.
- García Figueras, Tomás. *Biografía del General Fernández Silvestre y su labor desarrollada en la zona de Larache*. Ceuta: Imprenta Tropas Coloniales, 1929.

- Gil Grimau, Rodolfo. *Una aproximación a la bibliografía española sobre el Norte de África*. Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores, 1982.
- Gómez Hidalgo, Francisco. *Marruecos: la tragedia prevista*. Madrid: Pueyo, 1921.
- Gómez-Jordana, Francisco. *La tramoya de nuestra actuación en Marruecos*. Málaga: Algazara, 2005.
- Gómez Martínez, Juan Antonio. “La actuación del general Fernández Silvestre al mando de la Comandancia General de Melilla y su responsabilidad en el desastre de Annual”. *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, 71, (2009): 50-108.
- Hernández Mir, Francisco. *Del Desastre al fracaso. Un mando funesto*. Madrid: Pueyo, 1922.
- La Porte, Pablo. “El Desastre de Annual y la crisis de la Restauración en España (1921-1923)”. Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 1997. <https://eprints.ucm.es/2471/1/T22094.pdf>
- Losada, Juan Carlos. *El ogro patriótico. Los militares contra el pueblo en la España del siglo XX*. Barcelona: Pasado y Presente, 2020.
- Macías Fernández, Daniel. *Franco nació en África: los africanistas y las campañas de Marruecos*. Madrid: Tecnos: 2019.
- Madariaga, M^a Rosa de. *Abd-el-Krim El Jatabi. La lucha por la independencia*. Madrid: Alianza Editorial. 2009.
- Marín, Manuela. “Orientalismo en España: estudios árabes y acción colonial en Marruecos (1893-1943)”. *Hispania*, 231, (2009), pp. 117-146.
- Nerín, Gustau. *La guerra que vino de África*. Barcelona: Crítica, 2005.
- Nogué, Joan y Villanova, José Luis. *España en Marruecos (1912-1956). Discursos geográficos e intervención territorial*. Lleida: Editorial Milenio, 1999.
- Pando Despierto, Juan. *Historia secreta de Annual*. Madrid: Temas de Hoy, 1999.
- Parra Monserrat, David. “La narrativa del africanismo franquista: génesis y prácticas socio-educativas”. Tesis doctoral, Universidad de Valencia, 2012. <https://core.ac.uk/download/pdf/71006472.pdf>
- Pennell, Richard C. *A country with a government and a flag: the Rif war in Morocco, 1921-1926*. Cambridgeshire: Middle East and North African Studies Press, 1986.
- Picasso González, Juan. *El expediente Picasso: las sombras de Annual*. Madrid: Almena, 2018.
- Prieto, Indalecio. *Con el rey o contra el rey: la guerra de Marruecos*. Barcelona: Planeta, 1990.
- Reguera Rodríguez, Antonio, T. “La formación de la conciencia africanista en España”. En *Ciencia y memoria de África: Actas de las III jornadas sobre expediciones científicas y africanismo*, editado por Alejandro R. Díez Torre, pp. 23-45.

Madrid: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alcalá de Henares, 2002.

M. Reverte, Jorge M. *El vuelo de los buitres. El desastre de Annual y la Guerra del Rif*. Madrid: Galaxia, 2021.

Ruíz Albéniz, Víctor. *España en el Rif (1908-1921)*. Melilla: Biblioteca de Melilla, 2007.

-- . *Las responsabilidades del Desastre. Ecce Homo: Prueba documental y aportes inéditos sobre las causas del derrumbamiento y consecuencia de él*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1922.

Serna, Alfonso de la. *Al Sur de Tarifa: España-Marruecos, un malentendido histórico*. Madrid: Marcial Pons, 2001

Serrano Vélez, Manuel. *Silvestre o el sueño de un imperio*. Málaga: Almuzara, 2018.

Terreros Ceballos, Gonzalo. “Antonio Maura y la cuestión marroquí”. Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2013. <https://eprints.ucm.es/22275/>

Tusell, Javier y Queipo de Llano, Genoveva G. *Alfonso XIII, el rey polémico*. Madrid: Taurus, 2001.

Velasco de Castro, Rocío. “La prensa militar africanista: *El Telegrama del Rif* y la *Revista de Tropas Coloniales*”. En *La Historia Militar hoy: Investigaciones y Tendencias*, coordinado por Ángel Viñas y Fernando Puell, pp. 225-246. Madrid: IUGM, 2015.